

Viernes XVI del TO
Ciclo B



26 de julio de 2024

Jr 3, 14-17

Sal31

Mt 13, 18-23

P. Eduardo Suanzes, msps

Acababa Jesús de hablarles, sentado desde la barca, a la gente que estaba en la orilla del lago. Nos dice el evangelio que les habló de muchas cosas en parábolas, entre otras, de la parábola del sembrador que esparce la semilla y esta cae en cuatro tipos de tierra diferente: la dura, la rocosa, la llena de zarzas y la buena tierra. Y acabó diciendo: « ¡Quien tenga oídos, que escuche! ». Ahora se propone explicarla.

Pero antes de comenzar con la explicación Jesús vuelve a decir: «Escuchen»...; «escuchen ustedes los que significa la parábola del sembrador». Esto recuerda a la oración fundamental que los judíos deben decir todos los días, *el Shema*, Israel, el «Escucha, Israel», basado en Deuteronomio y Números, que resume la acción salvadora de Dios con su pueblo. Aquí Jesús está haciendo, tanto en la exposición de la parábola como en su explicación, algo fundamental, para ser tenido en cuenta. «Escuchar» no es simplemente percibir unos sonidos sino prestar atención desde el fondo del ser, abriéndonos interiormente sin condiciones, estando dispuesto a todo lo que me implique ese prestar atención.

En el trasfondo de la explicación está la idea de vitalidad, dinamismo, de crecimiento, condicionado su éxito por el modo de recibir la semilla. Por parte de Jesús es don, por parte de los oyentes, responsabilidad. Jesús describe obstáculos diversos (las tres primeras tierras) que la vida opone al crecimiento del mensaje en nuestros corazones. Al mostrar así, a un tiempo, el fracaso de una parte de la siembra y el sorprendente éxito del grano que cayó en buena tierra, Jesús relata, además, su propia historia: fracaso ante la mayoría, maravilloso éxito entre los pequeños¹.

¿A quién no le atrae el hecho de dar fruto? ¿Hay alguien en este mundo que no desee la plenitud, la felicidad...? Claro que no; todos buscamos lo mismo porque está grabado en lo profundo de nuestro ser. Por este instinto primordial de plenitud que llevamos en sí haría natural que escogiésemos siempre el amor/vida y no la tiniebla/ muerte². Sin embargo, nuestra experiencia no es esa; al lado del deseo de plenitud existen en nosotros tendencias que nos impulsan al egoísmo, al deseo de posesión exclusiva, al antagonismo, al dominio de los demás. Se deben sobre todo a la asimilación de ideologías que propugnan la ambición, la rivalidad y la violencia, recibidas de la sociedad en la que vivimos. Esas fuerzas adversas reflejan la experiencia del fracaso. La raíz de esas ideologías está en la búsqueda

¹ Cfr. X. LÉON-DUFOUR. *Los evangelios y la historia de Jesús*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1982

² Cfr. JUAN MATEOS Y FERNANDO CAMACHO. *El horizonte humano. La propuesta de Jesús*. Ed. El Almendro. Córdoba, 1988

del interés personal, prescindiendo del bien del prójimo. A menudo, esas tendencias nos llevan a optar por la tiniebla. Pero la perspectiva es optimista; la cosa no se queda ahí: la buena tierra existe y el éxito será posible³. Y es que Jesús vive con una confianza total en el futuro de Dios, en el que estamos incluidos.

Nadie es puramente un tipo de tierra; en nosotros están entremezcladas las cuatro. De lo que se trata es de derivar cada vez con más constancia hacia la cuarta.

Esta compleja realidad interior del hombre es lo que Jesús se propone clarificar con esta parábola. Los cuatro terrenos representan las diversas actitudes que podemos adoptar ante la opción que Jesús propone, y entre ellas siempre se encuentra la posibilidad de respuesta. La primera actitud es el endurecimiento, que hace que por los prejuicios o los intereses personales seamos incompatibles, impermeables, con Jesús; la segunda, la superficialidad, que se entusiasma con el mensaje, pero no está dispuesta a correr riesgo alguno por su causa; la tercera, la aceptación, pero sin renunciar a las ambiciones; la cuarta, la aceptación plena y la asimilación vital del mensaje.

En nosotros existe, por tanto, una dualidad. Nuestro ser profundo nos lleva a la vida, hacia la cuarta tierra; nuestras tendencias destructivas, a la muerte, a una de las otras tres tierras. En esta dualidad, la actitud dominante será determinada por la conducta. Ordinariamente, la opción fundamental es anterior al encuentro con Jesús. Así lo expresa Juan: «*Todo el que obra con bajeza odia la luz y no se acerca a la luz, para que no se le eche en cara su modo de obrar; en cambio, el que practica la lealtad se acerca a la luz, y así se manifiesta su modo de obrar, realizado en unión con Dios*»⁴. Es decir que nuestra disposición y el comportamiento habitual con los demás determinan la opción. A la opción positiva responde el don del Espíritu, que le da estabilidad y capacita para llevar a término el proyecto creador: hace que seamos la cuarta tierra de la parábola.

De la misma manera que, a pesar de todos los obstáculos, fracasos y resultados infructuosos, la siembra termina por dar una abundante cosecha, así la siembra de la palabra iniciada por Jesús, su lucha por la justicia, a pesar de todos los obstáculos, resistencias y resultados infructuosos que pueda encontrar, terminará con la irrupción gloriosa del reino de Dios. A pesar de todos los obstáculos y dificultades que parecen oponerse a su llegada, Jesús manifiesta su confianza de que el reino de Dios terminará por manifestarse en su plenitud⁵. Y así nos ve Jesús a cada uno de nosotros: con esa mirada de esperanza, de confianza en que por fin, daremos fruto y nuestra tierra se abrirá por completo para recibir, acoger, cuidar y hacer crecer su palabra en nosotros. De nosotros depende la acogida, el preocuparnos por la profundidad; el resto será obra del Espíritu.

³ Cfr. JOACHIM GNILKA. *Jesús de Nazaret. Mensaje e historia*. Ed. Herder. Barcelona, 1993

⁴ Jn 3,20s

⁵ JOSÉ ANTONIO PAGOLA. *Jesús de Nazaret. El hombre y su mensaje*. Ed. Diocesana. San Sebastián, 1985